

Crítica literaria

● DESDE HACE un tiempo, diversas y autorizadas voces se han hecho oír para expresar su inquietud por la ausencia del hábito de lectura que se advierte no sólo entre la juventud del país, sino en todos los sectores en general. Se han realizado reuniones a distintos niveles para estudiar este fenómeno y de ellas han surgido algunos presuntos culpables: la televisión, la orientación de la educación media, el factor económico, el acelerado ritmo de la vida contemporánea. Muchos de estos factores que se han señalado como causantes del descenso del nivel lector entre nosotros son, sin embargo, generales a otros países que no exhiben igual déficit de lectura.

Sin pretender acusarla como la causa determinante de este aspecto del así llamado "apagón cultural", creo que conviene señalar que la forma como se ejerce la crítica literaria en nuestro país no es, justamente, la más estimulante para la lectura.

Salvo raras excepciones, el crítico literario se ha convertido en Chile en un "técnico" que habla de materias "técnicas". Sus críticas parecen dirigidas a un grupo de iniciados y es frecuente observar en ellas una pesadez de conceptos y una densidad en los términos que no invitan a ser leídas por el lector no iniciado en la técnica literaria y que, no obstante, es el público al que los libros generalmente están destinados.

La crítica científica se ha impuesto sobre la otra, la sensorial, donde otro escritor con amenidad suficiente como para interesar va expresando sus propias impresiones y sensaciones y, con ella, consigue una comunicación con el público, suficiente como para despertar su interés en el libro criticado. Esa crítica que los profesores de Literatura desestiman por subjetiva, parcial y antojadiza es, en definitiva, la que logra incitar a la lectura.

Recientemente, revisando los anaqueles de mi biblioteca, cayó en mis manos un libro de consulta que, no obstante los 30 años que han transcu-

rrido desde su primera edición, sigue siendo útil y ameno. Está escrito no por un profesor ni por un crítico erudito, sino por una extraordinaria periodista como fue Lenka Franulic. "Cien Autores Contemporáneos" comprende nombres de novelistas, poetas, ensayistas y dramaturgos, muchos de los cuales en estas últimas tres décadas parece que hubiesen perdido vigencia. Pero al releer algunas páginas de los estudios de Lenka, el lector queda cazado por la agilidad de su pluma, por la anécdota oportuna que cuenta, por los rasgos de obra o autor que sabe destacar con destreza y, no obstante que el escritor está pasado de moda, el nuevo lector de "Cien Autores Contemporáneos" siente una irresistible tentación de leerlo o volverlo a leer.

En algunos diarios importantes del mundo se ha prescindido del crítico literario como miembro del equipo periodístico. En cambio, se solicita a otros escritores —generalmente afines al que será objeto de la crítica— que hagan una reseña del nuevo libro, expresando su opinión sobre él y las reflexiones que les suscitan. Esa forma de hacer crítica —si bien no científica— obtiene con creces el fin perseguido: interesar al lector del periódico, tenerlo al día de la producción literaria actual y, eventualmente, lanzarlo a las librerías a comprar el libro.

Es importante que profesores y académicos, dentro de las universidades, realicen la vivisección de la obra literaria para fines de investigación y de pedagogía. Pero el público lector de un periódico lo que necesita es información al respecto, amenidad en la forma de enfrentar la crítica y, sobre todo, sentirse vitalmente interesado en el libro que se comenta.

Tal vez si se virara en algunos grados la forma de enfrentar la crítica literaria periodística entre nosotros, se ayudaría a salvar este déficit lector que —por contrariar una tradición cultural nuestra— nos ha producido y nos sigue produciendo tanto bochorno.

PARTIQUINO.